

Iglesia, Sacerdocio y Política.

Intervención del Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago en Teletrece del lunes 20 de julio de 1970

Buenas noches:

Se cuenta que hace algunos años, un sacerdote, cargado de méritos y de edad, vio llegado el momento de acogerse al descanso y entregar su puesto a otro más joven. Sus feligreses le organizaron una cariñosa despedida, al término de la cual habló el festejado. Agradeció primero, a Dios y a los hombres, el don de una vida sacerdotal tan fecunda, para luego añadir: "Tengo la satisfacción de haber recibido esta parroquia con 40 votos, y entregarla ahora con 400"...

Anécdotas así verdaderas o legendarias recobran actualidad cuando la vida política se hace muy intensa, particularmente bajo la forma de una elección. Siempre, en estos casos, se pregunta: Y ¿la Iglesia? ¿Qué va a hacer? ¿Qué actitud va a adoptar? ¿Por quién tomará partido?

La pregunta es legítima, y no hay por qué enojarse por ella. Primero, porque ha habido épocas y hombres de la Iglesia, miembros del Clero, de la Jerarquía, que estimaron normal, deseable y hasta imperativo que la Iglesia tomara partido. Épocas distintas, mentalidades diferentes, falta de claridad y evolución en la doctrina o de madurez en las personas, explican, en parte, estas actitudes que no tenemos por qué negar; pero que no queremos repetir.

La pregunta es legítima -segundo- porque la política en general, y una elección en particular, son hechos y actividades en que se juega buena parte del destino de una comunidad. Y a la Iglesia, servidora de la comunidad eso no le puede ser indiferente. Un cristiano no deja de ser ciudadano. Al contrario: su misma fe, su Bautismo lo compromete para siempre con un Cristo solidario, servidor y liberador de los hombres, sus hermanos. Y eso supondrá, en mayor o menor grado, según su vocación, algún tipo de participación en la vida política.

Es bueno, por eso, que la pregunta se plantee así: ¿Qué tiene que decir, qué puede y debe aportar la Iglesia a la vida y al momento político de nuestra comunidad?

Y de inmediato una primera respuesta, tomada del espíritu y letra del Concilio: la Iglesia como tal no tiene ni está ligada a ningún sistema ni partido político. Cuando decimos "Iglesia", aludimos aquí por igual a los Obispos, Sacerdotes y Laicos cristianos. Si estos últimos, llevados por su conciencia cristiana, se inclinan a elegir una determinada opción política, tendrán que admitir que otros creyentes, llevados por la misma sinceridad escojan una solución divergente. Y ni unos ni otros podrán estimar su propia solución como la única compatible con el Evangelio.

Esta primera respuesta parece más bien negativa: afirma lo que la Iglesia no es y no debe hacer. Bien mirada, bien entendida, afirma una verdad del todo positiva; la Iglesia es signo y salvaguarda de la trascendencia del hombre; señal y garantía de que la persona humana está por encima y vale más que cualquier sistema o partido político. Por su naturaleza, por la misión que recibió de Cristo, Ella, lejos de ser una facción, un grupo, una ideología más, es el signo y salvaguarda de que los hombres puedan encontrarse y, más allá de sus ideologías y opciones políticas, unirse.

La actividad más propia de la Iglesia, la fuente y cumbre de su vida, es, por eso, la Eucaristía: el Sacramento de la Unidad, en que los hombres comulgan con Dios y entre sí, sintiéndose y haciéndose hermanos, todos ellos igualmente pecadores, e igualmente redimidos. Eso es lo primero que la Iglesia puede y debe aportar a la vida política: ser el signo, el sacramento de la unidad.

Por eso mismo su Jerarquía, su Clero: sus Obispos, Sacerdotes y Diáconos no pueden estar al servicio de una ideología o facción humana ni convertirse en militantes o activistas de una postulación política. Repito: no porque sean insensibles a las urgencias de la vida ciudadana, como si ellos no tuvieran un corazón sediento de justicia, o no pudieran tener una visión y convicción propias sobre el camino que mejor lleva a esa justicia. Si el sacerdote no puede ser un militante político, no es porque esté marginado de las angustias y esperanzas del pueblo, sino porque el servicio que el pueblo le reclama es de otra naturaleza: es un servicio sacerdotal. Y el sacerdote, representante visible de Cristo en la Comunidad, tiene por tarea, como la Iglesia misma, construir y alimentar esa unidad cuyo signo y garantía es él.

Esa unidad no es un acuerdo superficial y sentimental. No significa que los hombres renuncien a sus postulados políticos o hagan como si no los tuvieran. El servicio propio del sacerdote es ofrecerse para que, en la Iglesia, esos hombres encuentren su Casa: la Casa donde se pueda legítimamente discrepar, ser incluso adversario, pero no enemigo. La Casa donde todos tienen cabida, porque allí no se hace distinción ni se marca preferencia por ninguna bandería, sino se comulgan en una realidad más honda y que los hermana a todos: somos todos víctimas del egoísmo; somos todos vulnerables a la tentación de dominar; somos todos necesitados de redención por Cristo.

Ese es el inapreciable servicio que la comunidad reclama del sacerdocio y de la Iglesia. Más profundo, más exigente, más eficaz que el de una mera militancia política, para la que el sacerdote no tiene experiencia, ni misión, porque no ha sido ordenado para eso. El pueblo no debe aceptar una intromisión abusiva que envuelve quizás, un oscuro anhelo de poder y se sirve de una autoridad religiosa para obtener fines terrenos. Si esos errores, o abusos, se cometieron en el pasado, no los queremos repetir, sino más bien expiar: prestando ese servicio que nadie, sino el sacerdote está hoy en condiciones de prestar: reunir a los hermanos dispersos.

Nuestra misma lealtad con el pueblo exige que seamos lo que somos: padres, pastores, educadores de la fe. Que anunciemos el Evangelio: con todos sus imperativos, con toda la franqueza de un apóstol, con hambre y sed de justicia. Que lo anunciemos sin temor y siempre con amor, cuyo signo es el respeto. Que recordemos a los hombres sus motivos más profundos de vivir, de esperar y de amar. Que les mostremos un Reino que comienza, sí, en la tierra, pero que no se identifica ni agota con ningún ordenamiento social o económico, por perfecto que sea. Que seamos testigos fieles de un Cristo que se hizo todo para todos.

Esto es lo que la Iglesia puede y debe aportar a la vida y al momento político de nuestra comunidad. Como Pastor de la Iglesia de Santiago, evoco con admiración y gratitud el recuerdo de mis antecesores, como Monseñor Crescente Errázuriz, que en épocas de aguda tensión reivindicaron para la Iglesia este camino de servicio, alejado de ambiciones o conclusiones políticas. Una Iglesia que no quiere conquistar votos, sino educar en la fe que ama y espera.

Buenas noches